

SUSCRICION

En las oficinas de CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, Infantas, núm. 42, bajo. En la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Pasaje del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, ó escribiendo directamente á esta Administración

Número suelto: 10 CENTS.



PRECIOS

Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL

3 meses..... 7'

EXTRAJERO

3 meses..... 22'50

ULTRAMAR

3 meses..... 25

ANUNCIOS

Línea.....
Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto 10 CENTS.



AÑO II.—(II Epoca.)

Jueves 19 de Mayo de 1881.

NUM. 223

NUESTRO GRABADO

¿Cómo iremos, lector? ¿A pié, ó á caballo, ó en ómnibus ó en simon?

Aun podemos hacer mención de otros dos vehículos. El carruaje de lujo alquilado que ningun paleta conocerá que lo pagas por horas, ó el carruaje de lujo que, por ser propio, se paga ya por meses.

O no se paga.

Ir á pié es una locura.

La distancia es suficiente para que llegemos muy cansados, y con más gana de que nos preparen una cama, que de tomar parte en un baile.

El calor, por otra parte, nos sofocaría y no es cosa de adquirir una enfermedad por puro celo religioso.

Pensemos en otro medio de locomoción más cómodo.

De seguro no será el caballo.

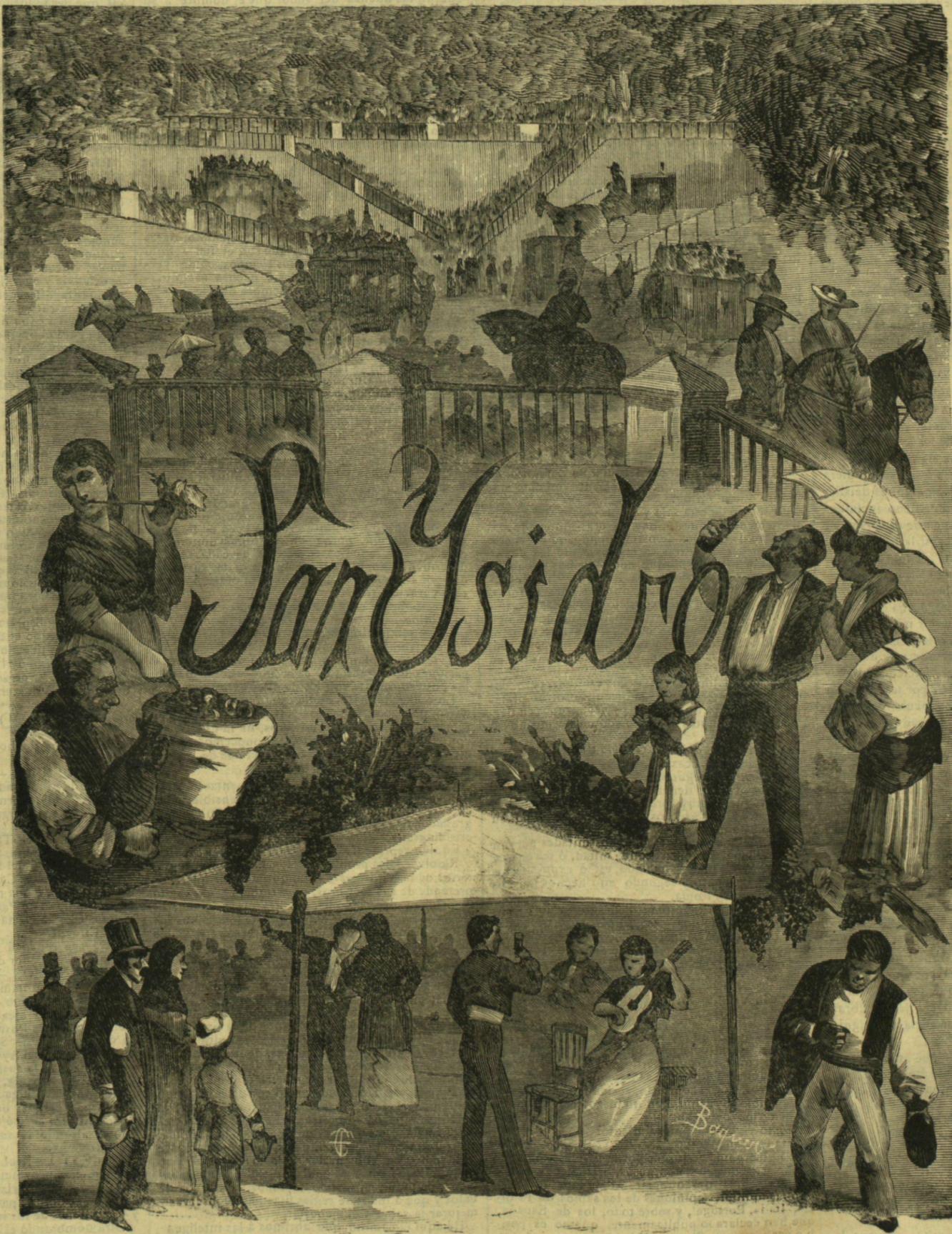
Yendo á caballo, claro es que no has de ir solo. No creas que quiero significar que la del caballo es compañía; sino que te han de acompañar otros jinetes.

Pues bien; estos otros jinetes no han de ser todos personas que lleven su caballo al paso que la comodidad exige; han de dar algun galope, han de hacer galopar á sus caballos, por mejor decir, tú no has de poder excusarte de tomar parte en la carrera y el resultado de ésta será quedar tú con el mismo cansancio que si hubieses ido á pié.

Sin contar con que tu caballo puede ser un caballo juicioso y formal, á quien parezcan muy malos galopes y las licuras, y enfadado contigo te haga rodar por aquellos suelos de Dios y de San Isidro.

¿Iremos en ómnibus?

La verdad es que para estudiar los pormenores y detalles característicos de la fiesta, es preciso empezar por ir á ella en un ómnibus. Si tienes que ir en el pescante, porque no has montado á tiempo de pescar mejor asiento, tanto mejor para tí, que irás ménos apretado que los demás y ménos molestado que ellos por el calor y por otras cosas. Pero si la compañía del conductor te es insostenible, lo cual no necesita largas justificaciones, métete entonces



en el interior ó sobre la cubierta del carruaje. Dentro de él te fastidian las apreturas, las tagarninas, las conversaciones y aquella banasta que tu vecina lleva, y que á cada vaiven del carruaje parece que te se quiere meter en las entrañas. Y puesto que arriba tienes los mismos inconvenientes, prescindamos del ómnibus.

No son menores los que el simon ofrece.

En primer lugar, no puedes ir en compañía de muchos, lo cual es un grave inconveniente y te diré por qué.

A una fiesta de este género, si se va, es para estar muy alegre. En el caso opuesto, no vale la pena de ir. Ahora bien; como la cantidad de alegría de que puede disponer cada individuo, aisladamente considerado, no pasa de algunos pocos céntimos (la alegría se cuenta por dinero, para que la cuenta sea exacta), es preciso que se reúnan muchos individuos para que la alegría sea la suficiente.

En segundo lugar, los simones, y ahora aludo al cochero, tienen mañes y tretas las más infames.

¿Vas á pagarle solo una carrera? Pues en ese caso y con ánimo de hacer muchos viajes en una tarde, te llevará á escape por lo peor, irás tragando polvo y crearás á cada paso llegada tu última hora.

¿Le pagas por hora? Pues excuso decirte que para que las horas corran mucho, el coche no correrá nada, te llevará y traerá muy despacio, te llevará también por lo peor del camino para hacerte creer que el camino no consiente que marches más á prisa, además de hacerte contar todos los baches que halleis al paso, se meterá en todos los atrancos, fingirá que riñe con otros cocheros, te hará llegar tarde á San Isidro, y no se si te hará llegar á tu casa.

Nada, pues, de simones.

Y ménos aún de carruajes de lujo propios y alquilados. Los primeros, porque no sé si los tienes, y yo soy en mis cuentas poco amigo de hipótesis: los segundos, porque no vale la pena de gastar 100 reales en carraje para gastar allí seis reales en rosquillas. No hay propor-